

¿Dónde están mis galletas?

Joan Teixidó Saballs
GROC

I

Había una vez dos pequeños ratones, Maxi i Javi que vivían en el trastero de un gran, gran, gran, gran hotel. Cada día, de buena mañana, cuando la gente todavía estaba en la cama, los dos ratoncillos abandonaban su modesto habitáculo, se calzaban las zapatillas de deporte, se ponían una toalla al cuello y empezaban a explorar en busca de comida. El hotel era inmenso: habitaciones, pasillos, cámaras secretas, tubos de ventilación, gimnasio, vestuarios, cocina, comedor, bares, lavandería, jardines, mini-golf, ... La comida podía estar en el lugar menos esperado... había que explorar.

Recorrían una zona del hotel, lo husmeaban todo y, si no encontraban nada, daban media vuelta y... a otra zona!. Algunas veces se perdían; otras, debían superar obstáculos imprevistos (como cuando se toparon de frente con el gato siamés de la Sra. Thomson). Al final, siempre encontraban algo que llevarse a sus compungidos estómagos: los restos de un plato de macarrones, un bocadillo de mortadela, un donut, un trozo de queso, etc.

Cuando ya llevaban casi un año con esta dinámica, casi por casualidad, encontraron una habitación repleta de galletas. Las había de todo tipo: pastas de te, de mantequilla, de hojaldre, de harina i huevo, biscotes...; de todas las formas: redondas, cuadradas, rectangulares, triangulares, en forma de palmera...; de todos los gustos: de fresa, de mantequilla, saladas, ácidas... Aquello era el paraíso: el Paraíso de las Galletas!.

Al cabo de unos días, Maxi y Javi empezaron a cambiar sus hábitos: empezaron a levantarse más tarde porque ya no sentían urgencia por buscar comida. Tampoco tenía sentido calzarse las deportivas, cuando podían ir caminado, con las zapatillas y el pijama. Las galletas estaban allí, esperándoles.

--Aquí tenemos galletas para toda la vida. Ya no tendremos más problemas; nunca más deberemos preocuparnos por buscar comida --gritaba, contento, Maxi--

Algún tiempo más tarde, se plantearon el inconveniente que suponía el desplazamiento diario hasta la comida. Entonces decidieron mudarse a un viejo armario anexo al pabellón de las galletas. No tenían nada que temer. Se sentían muy contentos y felices. Decidieron escribirlo

Tener galletas nos hace felices.

Algunas veces invitaban a sus amigos a ver y a degustar su arsenal de galletas. Se lo mostraban con orgullo, mientras decían:

JAVI: --Fijaos que montón de galletas. Impresionante! ¿Verdad?

mientras se decían a si mismos

--Si tenemos las galletas es porque nos las merecemos. Hemos dedicado mucho tiempo a buscarlas, recorrimos prácticamente todos los recobecos del hotel hasta dar con ellas. Son nuestro tesoro—

II

Así pasaron las semanas y los meses. Maxi y Javi se sentían muy cómodos con la nueva vida. Pronto olvidaron el esfuerzo que les había llevado encontrarlas. Tampoco se esforzaban mucho por cuidar Palacio de las Galletas. ¿Para qué? si continuaban ahí, si había comida abundante y apetitosa. De esta manera, la satisfacción inicial fue transformándose en comodidad, en arrogancia. Poco a poco, fueron perdiendo contacto con la realidad. No se percataron de los cambios que estaban aconteciendo a su alrededor. El éxito nos hace los pies de barro.

Así siguieron las cosas durante mucho tiempo hasta que un día, al cruzar el umbral, se quedaron atónitos al descubrir que no había galletas; se habían esfumado. No había nada. El Paraíso de las Galletas estaba vacío.

--¿Qué ha pasado? --dijo Maxi, con cara de sorpresa--

--¿Dónde están las galletas?, ¿Dónde están *mis* galletas? ¿Quién se ha llevado *mis* galletas?. Quiero que me devuelvan mis galletas.

Gritaba, chillaba, estaba muy enfurecido.

Javi no sabía qué hacer ni qué decir. Se quedó de pié, callado, fulminado por la sorpresa. No se lo podía creer; no estaba preparado, no quería afrontar la nueva situación; se negaba a aceptarla. Al final, exclamó:

--¡No hay derecho!

--Las galletas son un derecho adquirido. No pueden quitárnoslas!.—

El Paraíso de las Galletas no había significado únicamente la tranquilidad de no tener que preocuparse por la comida. Les habían otorgado, también, un poder especial: seguridad en si mismos, un cierto prestigio ante el resto de la comunidad ratonil, comodidad... Las galletas les hacían felices.

La galletas nos dan seguridad. Deseamos recuperarlas.

III

Al día siguiente, Maxi y Javi volvieron al Paraíso de las Galletas confiando que, por alguna extraña razón, volvería a estar repleto. Pero nada había variado.

Javi cerró los ojos y se cubrió las orejas con las manos. No quería saber nada de lo que estaba pasando. Se negaba a aceptar que las galletas habían ido disminuyendo poco a poco; que ellos no habían advertido el cambio porque se encontraban demasiado confiados, porque se habían aislado del entorno.

Maxi, en cambio, intentaba comprender lo que había pasado, a la vez que se planteaba la manera de remediarlo

MAXI.- --Las cosas han cambiado aquí. Si queremos que mejoren, quizá también tendremos que cambiar nosotros.

JAVI--Cambiar? Para qué?

--Nosotros no hemos causado el problema. Que lo solucione quien lo ocasionó. Debemos dar con el responsable de la situación en la que nos encontramos

Maxi: --Lo importante no es buscar un "culpable". De qué nos sirve saber quién? o por qué? ha cambiado la situación. Los que verdaderamente cuenta es hacer algo para mejorarla

Javi se sentía frustrados, cansado, angustiado... Buscaba explicaciones; asignaba culpabilidades; pensó en huir a otro hotel... pero no se atrevió. Maxi, en cambio, empezó a darle vueltas a la idea de salir a buscar un Nuevo Paraíso de las Galletas.

Vámonos! --exclamó Maxi con pasión-

No! -- se apresuró a responder Javi--

Me gusta esto. Hace mucho tiempo que estamos aquí. Es lo que conozco; es cómodo y me he acostumbrado a estar aquí. No cuentes conmigo.

--Titubeó unos instantes, y añadió--

Además, no pienso salir de nuevo a explorar. Es peligroso.

MAXI: Es cierto, pero si antes explorábamos, podemos hacerlo de nuevo.. No se trata de empezar de nuevo; ya conocemos una parte del hotel y, lo más importante, conocemos el arte de explorar.

JAVI: Somos demasiado viejos para ir por ahí explorando. Déjalo para los jóvenes. No me gustaría perderme y hacer el ridículo ante toda la comunidad ratonil.

Durante unos días, Maxi y Javi continuaron igual. Se levantaban por la mañana, iban al Paraíso Vacío, no encontraban galletas ni nada que se le pareciera y, al anochecer, regresaban a casa en un estado creciente de frustración, de insatisfacción consigo mismos. Intentaban negar lo que les estaba sucediendo; no lo comentaban con nadie... pero cada noche les resultaba más difícil conciliar el sueño y, al día siguiente, se sentían con menos energías, más irritables, faltos de entusiasmo e ilusión ante los retos del día siguiente.

Un buen día, Maxi se plantó ante Javi y le dijo:

MAXI: Hace ya tres semanas desde que desaparecieron las galletas y hemos estado haciendo exactamente lo mismo: venir aquí y lamentarnos. Así, la situación no mejorará. No podemos continuar así; debemos pasar a la acción.

A Javi no le hacía ninguna gracia volver a explorar el hotel: temía perderse; pensaba que allí estaba seguro. No le seducía la idea de salir al exterior: no sabía qué le podía pasar; no se sentía preparado; no había ningún motivo suficientemente

importante que le empujara a salir. En el fondo, prefería quedarse lamentándose de su suerte; era más cómodo.

JAVI: --No dirás en serio lo de volver a explorar. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo, esperando a que vuelvan las galletas?

MAXI: --Veo que continúas sin entender lo que está pasando. A mi también me costó entenderlo. Ahora sé que nadie nos va a devolver las galletas. Aquellas galletas las ganamos con nuestro esfuerzo pero se acabaron. Debemos buscar Galletas Nuevas.

JAVI: ¿Y si no existen? ¿Quién te dice que habrá un nuevo Paraíso? Y, aunque lo hubiere, ¿y si no lo encuentras?

MAXI: --Yo también me he hecho muchas veces estas preguntas. Son la expresión del temor ante lo que desconocemos. Ahora bien, si la situación interna no cambia, no puedo quedarme de brazos cruzados, lamentándome. Si no tenemos comida, habrá que ir a buscarla.

Al decir estas palabras se vio a si mismo aventurándose por el hotel, avanzado por salones, corredores y habitaciones desconocidas, perdiéndose de vez en cuando, retrocediendo para volver sobre los propios pasos... Se sentía bien, animado; sentía que estaba recobrando la confianza en si mismo. Finalmente, había sabido reírse de si mismo, lo cual es indispensable para superar el temor al fracaso y al ridículo. Ahora podía dejar atrás el pasado para seguir la línea del presente.

En ese momento, oyó la voz de Javi; se dio cuenta todavía se encontraba en el Paraíso Vacío, que le quedaba mucha tarea por hacer. Antes de partir, abrazó a su compañero y le dijo:

MAXI: A veces, las cosas cambian y ya nunca vuelven a ser como antes. Así es la vida: siempre va hacia delante. Nosotros debemos hacer lo mismo.

--¡Es hora de explorar lo desconocido!

Se dirigió a la pizarra y escribió un pensamiento para su amigo:

Si no cambiamos, morimos lentamente.

Javi, no quiso ni mirarlo.

IV

Maxi empezó a explorar. Al cruzar la puerta, miró hacia atrás. Contempló la zona donde había estado tan a gusto durante . Notó como una parte de si mismo se sentía atraída por volverse atrás, por permanecer apegado al territorio que le resultaba familiar... pero ya no había galletas. Sintió ansiedad, desasosiego... y volvió a preguntarse si realmente tenía ganas de explorar el hotel en busca de nuevas galletas que no sabía si existían o si las encontraría.

Se puso la mano en el bolsillo; notó que conservaba la tiza con la que escribía en la pizarra adornada con galletas y decidió escribir lo que pensaba en la pared

Tengo miedo.

Permaneció algún tiempo delante de la inscripción. Se lo pensó con calma. Finalmente, llegó a la conclusión que un poco de temor es beneficioso porque nos disuade de actuar alegremente, sin prever las consecuencias. Ahora bien, cuando se

teme que las cosas empeoren, el miedo debe ser un estímulo para pasar a la acción. No es bueno sentir un pavor tan intenso que te impida pasar a la acción.

Tras esta reflexión, inspiró profundamente y empezó a explorar el almacén de material deportivo. Se puso a husmear balones, colchonetas, pesas... A continuación, se dirigió a los baños turcos.

Mientras exploraba, recordó que durante un tiempo pensó que ya nunca más habría galletas en el hotel, o que no las encontraría. Estos pensamientos no hacían más que desanimarlo; lo veía todo negro. Al final, se dio cuenta que sus pensamientos, sus creencias, sus ideas... eran el principal obstáculo para superar el problema. Entonces pensó en Javi. Su compañero continuaba preguntándose “Quién se ha llevado mis galletas”; él, en cambio, se preguntaba “Por qué no me di cuenta antes?”, “Por qué no me levanté más temprano;”

Maxi fue encontrando algo de comida; pero nada importante. Dedicó un par de días a explorar la zona de la lavandería; había hecho algunos hallazgos esperanzadores pero, finalmente, cuando creía que se encontraba en el buen camino..., no había nada.

Pensó que quizá había tardado demasiado en tomar la decisión de partir. En cualquier caso, concluyó,

--“Es mejor tarde que nunca”—

Estaba convencido que lo que estaba haciendo, por incómodo e improductivo que resultara hasta el momento, era mucho mejor que seguir lamentándose. Como mínimo, sentía que él tenía un cierto control de la situación. Por otro lado, no tenía nada que perder.

Al distanciarse del problema, Maxi pudo comprenderlo mejor. Reprocesó algunas informaciones y hechos que habían sucedido en los últimos tiempos: el espesor de la capa de galletas había disminuido, el sabor había cambiado, había aparecido una zona de humedad...) y comprendió que las galletas no había desaparecido misteriosamente de un día para otro. Entonces pensó que el cambio no le hubiera pillado por sorpresa si se hubiese mantenido alerta ante lo que ocurría; siempre hay pequeños indicios que lo anuncian. Aprendió que hay prestar atención a los pequeños detalles reveladores del cambio para estar preparado. Lo apuntó:

Inspecciono las galletas con frecuencia para saber cuando empiezan a humedecerse

V

Un día Maxi se plantó delante del largo pasillo de habitaciones de la segunda planta. Era de noche; había puertas a cada lado; al fondo, una tenue luz de emergencia iluminaba tímidamente el corredor. Se puso a dos patas; levantó la cabeza todo lo que pudo, agudizó la vista y, entonces, percibió el temor que le ocasionaba avanzar en aquella dirección. Eran muchos los interrogantes: ¿Merece la pena el esfuerzo? ¿Qué encontraré?, ¿Habrà comida?, ¿Sería sólo para mi o deberé compartirla? ¿Tendré que

luchar para ganarme el derecho a comer?... Llevaba ya unos días buscando comida, los fiascos se acumulaban uno tras otro y empezaba a flaquear; ya no se sentía tan fuerte, ni tan ágil, ni con el ímpetu inicial. Sentía miedo, un fuerte temor que le impedía avanzar, que le mantenía inmóvil al inicio del pasillo.

En teoría, el abandono del Paraíso de Galletas había supuesto un acto de valentía, una victoria sobre el miedo. Al pasar los días, no obstante, continuaba sintiendo miedo; era un temor irracional, injustificado... En el fondo, se trataba de miedo a seguir solo.

En este estado de ánimo, avanzaba lentamente:... los temores son malos compañeros de viaje!. Entonces recordó que en los momentos en los que se sentía en mejor forma y con más optimismo fue, precisamente, cuando más avanzó. Decidió escribirlo en la pared para no olvidarlo.

La actitud con que uno afronta los problemas se encuentra en la base de su solución

A partir de ese momento, dio con la solución a sus temores. Dejó de lamentarse de su infortunio y, poco a poco, empezó a reírse de sí mismo; a relativizar la gravedad de la situación en la que se encontraba... Si los temores y los lamentos no hacían nada más que dificultar las cosas... para qué seguir con ellos? De qué me sirven?. La única vía de mejora era seguir avanzando, explorando, aprendiendo... sin lamentarse de las condiciones, sin desanimarse ante los errores, antes al contrario, procurando aprender de ellos. Así comenzó a avanzar.

La exploración de nuevas alternativas te ayuda a encontrar lo que buscas

A medida que avanzaba por el estrecho canal de habitaciones, empezó a sonreír. Todavía tenía algo de miedo pero experimentaba una sensación nueva, de confianza, de tranquilidad. Se dejaba llevar por la intuición y confiaba en lo que le deparaba el futuro, aunque no sabía exactamente qué era.

Maxi se encontraba cada vez más a gusto explorando la segunda planta. Entonces se preguntó: ¿Cómo es posible que me sienta tan bien? ¿No tengo comida? ¿No he hallado un refugio seguro y permanente? ¿No sé a dónde voy? y, paradójicamente, me siento bien, muy bien. ¿Por qué?

Al cabo de algún tiempo, averiguó la respuesta y la escribió en la pared.

Cuando dejas atrás los temores que te atenazan, te sientes libre, feliz.

Maxi advirtió que durante mucho tiempo había sido víctima de su propio temor; el hecho de moverse en una dirección diferente, lo había liberado. Una vez superado el miedo, empezó a sentirse mucho mejor, a disfrutar de lo que le ofrecía su realidad: un

hallazgo inesperado, una nueva compañía, la brisa marina, el ambiente estival... Hacía mucho tiempo que Maxi no se sentía tan bien. Casi se le habían olvidado las posibilidades y los atractivos de iniciar una aventura en busca de algo desconocido.

V

Hallándose en este estado de ánimo, Maxi empezó a formarse una imagen mental de lo que andaba buscando. Fue construyendo la imagen de un Nuevo Paraíso de las Galletas: acabado de estrenar, reluciente, limpio y... sobretodo, repleto de galletas envueltas en rutilantes papeles de celofán, estampados con dibujos atractivos. Se veía a sí mismo en el centro del almacén, rodeado de sabrosas pastas por todos lados, eligiendo con cuidado la que iba a comer, degustándola sin prisas, disfrutando de la nueva situación.

Visualizar lo que quiero conseguir antes de encontrarlo, me conduce hacia ello.

Maxi había aprendido a pensar en positivo, a considerar lo que podía ganar con el cambio en lugar de lamentarse por lo que había perdido.

En la trastienda del Gran Salón de Terciopelo encontró dos galletas. Probó una; era buenísima. La otra la guardó para Javi. Pensó que el almacén no podía estar muy lejos; lo buscó; lo encontró..., pero no había galletas. Más tarde, supo que allí había tenido lugar la Convención Anual de Maestros Galleteros.

Decidió llevar a Javi la galleta que le había guardado. También pensaba animarle a unirse a él en la búsqueda. Había llegado a una conclusión que consideraba importante y quería compartirla con su amigo.

Cuanto antes olvides el Viejo Paraíso de las Galletas, más fácilmente encontrarás el nuevo.

Cuando Maxi regresó al Viejo Paraíso se alegró mucho de encontrar a Javi; en seguida le ofreció la galletas que le traía:

MAXI: --Toma, te he traído una Galleta Nueva para que la pruebes

Javi apreció mucho el detalle pero la rechazó

JAVI: --No creo que me vaya a gustar la Galleta Nueva. Yo estoy acostumbrado a las tradicionales: las Maria, las de hojaldre, los polvorones... No quiero nuevas galletas; quiero que me devuelvan *mis* galletas. No voy a moverme de aquí hasta que no me devuelvan *mis* galletas.

A Maxi le supo mal ver como Javi ni había modificado ni un ápice su actitud negativa; al contrario, la había acentuado. Estuvieron un tiempo juntos; hablaron... pero ni tan siquiera le planteó la posibilidad de cambiar. Al cabo de unas horas, Maxi se marchó. Mientras se dirigía, apesadumbrado, al punto donde había dejado la exploración, echaba de menos a su amigo.

El breve encuentro con Javi le sirvió para valorar aún más la situación en la que se encontraba. Reconoció que era feliz explorando nuevos horizontes, incluso sin haber encontrado las galletas. Así aprendió que no son únicamente las galletas lo que te hace feliz.

Uno se siente feliz por el mero hecho de no permitir que el temor dicte sus decisiones; por afrontar las dificultades con valentía, por sentirte dueño de tus propias acciones, por sentirte con el “control” de la situación...

Con esta actitud, estaba convencido que encontrar el Nuevo Paraíso era sólo cuestión de tiempo. De hecho, el hallazgo importante ya lo había efectuado en su interior.

Había comprendido que la realidad no es tan mala como la imaginamos. Los temores, las incertidumbres, los prejuicios... que acumulamos en nuestra mente, a menudo son mucho peores que la realidad en sí misma. Al principio de la búsqueda tenía mucho miedo: de no encontrar nada, de perderse, de perecer en el intento... Pero, al ir avanzando, había encontrado alimentos, indicios, informaciones que le animaban en la búsqueda.

Al recordar su antigua forma de pensar, se daba cuenta que estaba mediatizada por sus preocupaciones y temores: a no tener suficiente comida; a que no durase para siempre; a que se volviera rancia... Pensaba más en todo lo que podía salir mal que en lo que podía salir bien.

Antes pensaba que nunca debían haber cambiado las galletas de sitio; que el cambio no era justo. Ahora, en cambio, se daba cuenta que el cambio es algo natural, que se produce continuamente, tanto si uno lo espera como si no. El cambio sólo te sorprende cuando no lo esperas, cuando no cuentas con él.

En definitiva, se dio cuenta que había cambiado sus ideas. Lo escribió

Las viejas ideas no te conducen a un nuevo destino

Maxi todavía no había encontrado las galletas, pero mientras iba recorriendo el hotel, pensaba en todo lo que había aprendido. Advirtió que las nuevas ideas, las nuevas convicciones estaban dando lugar a nuevos comportamientos. Se comportaba de manera diferente a cuando empezó.

Uno puede estar convencido que un cambio le causará daño y, por tanto, se resiste al mismo con todas sus fuerzas; pero también puede pensar que el proceso de encontrar nuevas soluciones puede ser beneficioso para él; entonces lo acepta de buen grado.

El simple hecho de comprender que puedes encontrar Galletas Nuevas y disfrutarlas, hace que cambies tu comportamiento

Tras este complejo proceso mental, Maxi había recuperado la fortaleza, la seguridad en sí mismo: había logrado desprenderse del pasado para adaptarse al presente.

Un sábado por la mañana, cuando iba siguiendo un pasillo estrecho, en la zona de la pastelería; al fondo, al lado del hueco de la escalera, presintió que había dado con el Nuevo Paraíso de las Galletas.

Al entrar, quedó asombrado. Ante sus ojos, encontró el mayor surtido de cajas de galletas que había podido imaginar. No acertó a reconocerlas todas; algunas eran nuevas y... que debían estar buenísimas.

Tras este leve reconocimiento, seleccionó las que le parecieron más apetitosas, buscó un lugar seguro y se puso a engullirlas. Cuando ya había saciado el apetito, cogió una galleta alargada, recubierta de caramelo, la alzó al aire y exclamó:

--¡Viva el cambio!

Mientras iniciaba la digestión, hizo una reflexión global de todo el proceso.

La clave de todo estriba en la autocrítica o, en otras palabras, en la capacidad para reírse de uno mismo, de lo que uno hace, de las propias ideas, de las convicciones, de los sentimientos de los miedos.. Tendemos a magnificarlas, a seguirlas ciegamente... Son nuestras; les hemos ido construyendo y afianzando durante años... y nos da pereza cambiarlas. Entonces buscamos excusas: desviamos la culpabilidad hacia otros, adoptamos una actitud victimista, nos lamentamos, lo ignoramos... Afrontar los retos y los cambios que nos depara la vida implica, necesariamente, reírnos un poco de nosotros mismos, desprendernos de la estupidez que hemos ido acumulando a lo largo de los años.

Llegados a este punto, vio que el sueño le vencía y se dispuso a dormir.

Al día siguiente, pensó en Javi. Se preguntó si habría leído las frases de la pizarra, si habría tenido curiosidad por avanzar, por explorar el hotel... En el fondo, se planteó en qué punto debía encontrarse su amigo ante el dilema de desprenderse del pasado o, por el contrario, de continuar aferrado a él.

Por un momento, pensó que si hablaba con Javi podría mostrarle el camino a seguir. Pero enseguida comprendió que aquello no era posible. Ya había intentado ayudarle; ya le había dicho todo cuanto puede decirse. Era Javi quien debía encontrar su propio camino, debía superar los temores y las incomodidades, debía analizar qué estaba pensando y sintiendo en cada momento... Es algo que nadie puede hacer por otra persona; de lo que nadie puede convencerte. De alguna manera, debía que comprender las ventajas del cambio por si mismo.

Maxi ha dejado un rastro en la pared. En el momento que Javi quiera, puede empezar a caminar. Antes, no obstante, debe aceptar que de nada sirve añorar los tiempos pasados porque ya nunca nada será igual a lo que fue. El tiempo cambia y nosotros cambiamos con él. El cambio está ahí; las galletas ne cesan de moverse y, por tanto, los ratones (y los profesores) no deben cesar de buscar nuevos Paraísos.